

Mariano Álvarez Valenzuela

Instituto E. Mounier

## RECORDANDO A BERDIAEV

*Cultura y civilización: entre la voluntad de vivir y la voluntad de cultura*

A veces uno vuelve a ciertos autores no porque espere encontrar en ellos respuestas nuevas, sino porque presiente que en su voz hay algo que el tiempo no erosiona. Me ocurre con Nikolái Berdiaev. Cada vez que lo leo —o quizá debería decir, cada vez que lo releo— siento que me habla desde un lugar más hondo que la vez anterior, pues trasciende la mera reflexión filosófica. No es un pensador que se oculte tras conceptos abstractos; es un hombre atravesado por su tiempo, por su exilio, por la exigencia de ser fiel a una libertad interior que pagó cara. Y precisamente por eso, por la radical sinceridad de su existencia, su lectura se me hace hoy más necesaria que nunca. El libro al que acudo para escribir estas líneas, está tan manoseado y tan subrayado que tengo que reordenar nuevamente las páginas cada vez que lo abro.

Berdiaev nació aristócrata, vivió como rebelde y murió como exiliado voluntario del espíritu. Su biografía es un itinerario entre tensiones: entre la Rusia prerrevolucionaria y la Francia del destierro, entre el marxismo juvenil que pronto abandonó y el cristianismo profundo al que nunca dejó de volver, entre una lucidez casi profética y una fragilidad humana que él mismo no disimulaba. Fue expulsado de su país en aquel célebre *barco de los filósofos*, cuando el poder soviético decidió librarse de quienes pensaban desde un lugar que la ideología nunca podría domesticar. ¡Tremendo! Pero lejos de quebrarse, aquella expulsión pareció darle aún más claridad para decir lo que no podía callar: que el ser humano solo se comprende de verdad cuando se reconoce creador, responsable y libre. Libre no en el sentido político —esa libertad externa que tanto ruido hace—, sino en el sentido espiritual de quien sabe que su vida no está completamente determinada por el mundo y que algo originario, sin causa previa, brota desde dentro para iluminarla. Solía decir de esta —la libertad— que pertenecía al ámbito de lo increado: ella es causa, no consecuencia.

Quizá por eso sus escritos tienen una extraña mezcla de serenidad y urgencia. Serenidad, porque habla quien

ya ha atravesado el fuego. Urgencia, porque sabe que lo que está en juego no es un debate académico, sino la dignidad misma del espíritu humano en un mundo que tiende a olvidarlo. En el último capítulo de su libro *El sentido de la historia*, donde distingue entre «voluntad de vivir» y «voluntad de cultura», esa urgencia se hace evidente. No está clasificando conceptos: está tratando de recordarnos algo esencial antes de que sea demasiado tarde. Y no lo dice desde la nostalgia, sino desde la convicción de que el hombre moderno —el de las guerras, las ideologías, la técnica desbordada y la hiperorganización social— corre el riesgo de perder su dirección interior.

Hoy, en esta época nuestra que presume de civilizada —¡qué ironía!— vuelvo a ese texto breve y luminoso. No porque se haya puesto de moda, sino porque su voz me acompaña en la sospecha de que hemos perfeccionado los medios hasta límites insospechados, pero hemos dejado en penumbra los fines. Y porque intuyo, mientras lo releo, que la distinción que él traza —tan simple en apariencia— sigue siendo decisiva para comprender qué nos está pasando y que hoy corre el riesgo de apagarse en gran parte de nosotros. Lo que sigue no es un análisis académico ni una lección de historia de las ideas. Es más bien una reflexión en diálogo con Berdiaev, un intento de escuchar lo que su pensamiento ya evidenció hace casi cien años sobre nuestro presente, sobre esta tensión permanente entre la civilización que construimos y la cultura que nos despertó a la vida desde el propio misterio del que no puede desprenderse.

La civilización, tal como él la entiende, es la esfera donde la vida se organiza para perdurar. No es un mal; es necesaria. Es la ciudad, la técnica, las instituciones, la maquinaria social que nos permite «sobre-vivir», comunicarnos, mejorar la salud, ordenar lo cotidiano. La civilización perfecciona los medios; la cultura interroga los fines. La civilización administra; la cultura ilumina. Y mientras la primera avanza en horizontal —eficacia, más control, más expansión—, la segunda

introduce lo vertical hacia la profundidad del ser. No amplía el territorio: profundiza la interioridad, su misterioso fundamento de realidad. Ahí radica la diferencia esencial: una cosa es la voluntad de vivir y otra, muy distinta, la voluntad de cultura. La cultura no olvida sus orígenes; la civilización sí.

En este punto, su pensamiento toca afinidades inesperadas, resonando en otros espíritus creadores: Unamuno, preguntándose si la civilización avanza más deprisa que la humanidad; Arendt, examinando cómo la técnica puede acabar sustituyendo la acción humana; Laín Entralgo, recordándonos que el ser humano es ante todo un ser esperante; y hasta Ellul, que describió la técnica como un sistema autónomo que ya no sirve al hombre, sino que exige que el hombre se adapte a ella. Berdiaev, desde su rincón del exilio, había anticipado ese diagnóstico: cuanto más crece la civilización técnica, más vulnerable se vuelve la cultura.

Me interpela especialmente cuando insiste en que estas dos tensiones habitan dentro de cada uno. No es un conflicto entre instituciones, sino entre dimensiones nuestras. Una empuja hacia la seguridad; la otra hacia la libertad. Una busca conservar; la otra arriesgar. Una teme la incertidumbre; la otra la necesita. Vivimos, sin darnos cuenta, inclinados hacia la voluntad de vivir: queremos longevidad, bienestar absoluto, inmunidad al dolor. Dejamos que todo lo difícil —lo que hiere, lo que interpela, lo que obliga a pensar y a crear— se vuelva sospechoso o superfluo. Pero la cultura, la verdadera cultura, nace justo ahí donde la vida muestra su grieta. No hay obra sin herida, ni verdad sin vértigo, ni sentido sin riesgo.

Y entonces aparece el punto decisivo: el peligro no es la civilización. El peligro es su emancipación, cuando los medios dejan de servir a los fines y se convierten ellos mismos en fines; cuando la técnica deja de ser instrumento y se vuelve criterio de realidad; cuando la organización social ahoga la libertad interior; cuando la vida exterior, confortable y brillante, sustituye a la pregunta interior por el sentido. Es entonces

cuando el hombre corre el riesgo —como diría el propio Berdiaev— de convertirse en un animal perfeccionado, pero no en una persona plena.

No obstante, Berdiaev no es un apocalíptico que reniegue del mundo moderno. No quiere destruir la civilización ni volver a un pasado idealizado. Quiere reordenar. Quiere recordar algo que sabemos, pero olvidamos: que la civilización debe estar supeditada a la cultura; que los medios no pueden eclipsar los fines; que la técnica necesita orientación espiritual; que la libertad creadora del ser humano no puede ser sustituida por ninguna estructura ni por ningún algoritmo. Y sospecho que esta advertencia tiene hoy más vigencia que nunca. Vivimos sumergidos en una explosión técnica sin precedentes. Todo es rápido, eficiente, cómodo. Pero también todo es frágil si no se sostiene en una interioridad cultivada. La cultura requiere presencia, responsabilidad, silencio, profundidad: requiere, en suma, un «sí» interior que no se improvisa.

Quizá el mensaje más luminoso de Berdiaev sea que la humanidad no se pierde cuando carece de instrumentos, sino cuando carece de orientación; que los medios se multiplican, pero el sentido se dispersa; que la técnica basta para «sobre-vivir», pero no para vivir; y que la cultura no es un adorno, sino la expresión más alta de lo que somos llamados a ser: seres capaces de trascender la pura necesidad, capaces de responder creativamente al misterio de existir. La cultura nació impregnando la vida de misterio, y la civilización con su técnica, lo está eliminando.

Recordar a Berdiaev hoy no es un gesto erudito. Es un acto de humildad lúcida. Es la invitación a preguntarnos si queremos seguir perfeccionando la civilización mientras dejamos que la cultura se marchite, o si todavía estamos a tiempo de recuperar esa libertad creadora que emerge del propio misterio de la vida y da dignidad al espíritu humano. Porque, al final, la diferencia entre cultura y civilización no es un debate teórico: es la diferencia entre vivir de fuera adentro o de dentro afuera; entre un mundo lleno de medios o una vida llena de sentido. ¿Quién debe impregnarse por quién?